

## **Reseña. Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx. De Bolívar Echeverría**

Claudia Bucio Feregrino\*

*Modelos elementales de la oposición campo-ciudad* es un breve texto de reciente publicación en el que se presenta parte de las reflexiones que Bolívar Echeverría expuso durante el curso “Capitalismo, historia y teoría”, dirigido por él y otros profesores en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), hacia finales de 1998.

En primera instancia, es preciso cuestionarnos sobre la importancia que tiene referir un texto en el que el autor establece un diálogo con Marx y Braudel, sin el ánimo de repetir, simplemente, lo que el autor plantea. Ante esto, puede subrayarse que el objetivo principal que en esta ocasión guía la reflexión de Echeverría es formular posibles respuestas a través de las cuales, abrevando de los planteamientos de Marx, se explique por qué existen las ciudades, preocupación que también ocupó un lugar importante en las obras allí referidas de Braudel. Por lo tanto, al destacar la manera en que Echeverría recupera tanto a Marx como a Braudel, no sólo estamos mostrando cuáles son esas posibles respuestas que halla en ambos autores y la claridad con que las desarrolla, sino que también buscamos poner de relieve la actualidad que tiene dicha interrogante.

Una vez mencionado qué es lo que estructura al texto, es menester adentrarnos en su contenido, el cual consta de siete apartados cuyo recorrido tiene como punto de partida un sucinto esbozo de por qué Braudel plantea que al reparar en la “elección civilizatoria” pueden diferenciarse tres grandes civilizaciones: la del maíz, la del arroz y la del trigo. Esta elección es el punto de inflexión en el que los hombres deciden, no a su libre albedrío, sino solventando las determinaciones impuestas por la naturaleza, cuál es su alimentación y cuál es la mejor manera de procurársela. Enseguida, Echeverría argumenta por qué y cómo surge la necesaria oposición entre lo rural y lo urbano, entre el campo y la ciudad, con el ánimo de exponer, justamente, cuáles son las formas elementales que subyacen a dicha

oposición. Hacia el final del texto describe lo que es la ciudad burguesa para hacer, en esa medida, inteligible la manera en que se constituye y diferencia la ciudad capitalista contemporánea. En el camino de comprender esto, las páginas introductorias del editor Jorge Gasca Salas forman parte del texto y sirven de guía.

La clave que le permite a Bolívar Echeverría plantear las formas elementales de la oposición entre campo y ciudad reside en la forma en que articula las categorías *espacio* y *tiempo*. Si bien es frecuente encontrar en las ciencias sociales una fuerte preocupación por entender la historicidad de los procesos y fenómenos sociales, la atención hacia la dimensión espacial está presente en menor medida. Este es, sin duda alguna, un rasgo de gran envergadura que cruza a la argumentación expuesta en el texto y que, por tanto, muestra la vigencia e importancia del análisis que hace el autor en torno a lo urbano.

En este sentido, cuando plantea que respecto de la reproducción de la sociedad es posible distinguir entre una temporalidad rutinaria y una extraordinaria, busca sentar las bases que le permitirán avanzar en su argumentación. Así, “la temporalidad rutinaria es aquella en la que el ser humano repite, sin cuestionarla, la forma establecida de su socialidad, cumple su vida de acuerdo con los códigos de la consistencia de su socialidad, reproduce fielmente una identidad establecida” (Echeverría, 2013:38). La temporalidad extraordinaria, en oposición complementaria a ésta, alude al carácter político de la reproducción social; o sea, “el tiempo en el cual esa capacidad política del hombre se actualiza o se vuelve virulenta, en el que se rompe el automatismo y se afirma la capacidad de los seres humanos de inventar libremente formas de sí mismos y de su mundo” (Echeverría, 2013:38-39).

Esta proposición tiene su expresión en el plano de la espacialidad. Esto es, tanto la temporalidad rutinaria como la extraordinaria aluden a formas espaciales particulares que es necesario elucidar. Con esto enfatiza, siguiendo a Braudel, que “el espacio de la reproducción social se organiza de acuerdo con la estructura del tiempo de la vida social; la estructuración de la temporalidad social se reproduce en el territorio de la sociedad” (Echeverría, 2013:39).

La oposición entre lo rural y lo urbano emerge entonces, para el autor, en la medida en que el tiempo rutinario refiere a la fase productivo-consuntiva de la reproducción social. Siendo este tiempo el de las actividades básicas y esenciales, requiere de un lugar particular, el rural. El tiempo extraordinario, en tanto que prolongación de la politicidad, en el que además concurre y coincide el momento de la circulación, reclama un espacio distinto al anterior, confirmándose así la necesidad de lo urbano.

La distinción entre ambos está dada por su función: una es productiva-constitutiva y la otra es más bien política. Esta idea es de especial importancia para Bolívar Echeverría por cuanto que la “perspectiva de Marx puede conectarse con la clasificación que hace Braudel de los distintos tipos de ciudad” (Echeverría, 2013: 42).

A partir de esta proposición espacio-temporal en la que se oponen lo rural y lo urbano, el autor bosqueja tres formas elementales: aldea-campaña, campamento-desierto y asentamiento-plantación. Esta triada constituye tipos ideales que –al igual que Max Weber, arguye Echeverría-, son un recurso analítico cuya existencia es ideal o pura, por lo que estamos obligados a observar cómo se presentan de manera concreta en la realidad. En cada una de estas duplas, el espacio y el tiempo sociales se manifiestan según converjan o diverjan la fase producción-consumo y el momento de la circulación.

En la oposición aldea-campaña, por ejemplo, hay una separación tajante entre esos dos grandes momentos; “allí -dice el autor- la producción y el consumo están concentrados en el espacio de lo rural mientras que el momento circulatorio lo está en el centro urbano o proto-urbano” (Echeverría, 2013:51). Por su parte, en el asentamiento-plantación hay una convergencia tal entre la producción, el consumo y la circulación que llegan a confundirse. Esto se debe a que “el principio distributivo de los bienes que son patrimonio de la sociedad permea todo el proceso de producción y consumo [y la circulación de esos bienes] aparece combinada con el proceso de producción y de consumo como algo inherente al mismo” (Echeverría, 2013:52). La noción de ciudad que está contenida en cada oposición de esta triada alude, de acuerdo con Echeverría, a realidades distintas; de ahí que podamos subrayar tanto su historicidad como su carácter polimorfo.

Ahora bien, cuando el autor aborda la conformación de la ciudad burguesa afirma que, en su gestación, puede observarse lo que denomina “protociudad burguesa”, en la cual el proceso productivo y el circulatorio confluyen, empalmados, en dicho lugar, espacio privilegiado de lo político. Esto pone de manifiesto una subversión de suma importancia.

Si bien podemos admitir que una ciudad crece, se desarrolla y se sostiene a costa de determinadas áreas o zonas rurales, es crucial reparar en que, en su gestación, la ciudad estuvo subordinada a lo rural, justamente, porque su sentido reside en el cumplimiento de las funciones políticas de procuración y coordinación de las actividades religiosas, festivas y, por su puesto, materiales.

Constituida la ciudad burguesa como ente desde el que se articula lo rural, es factible destacar la relación que guarda con el territorio; es decir, la manera en que se halla asentado, espacialmente, este tipo de ciudad. Aun cuando en la argumentación de Bolívar Echeverría no esté explicitada la manera en que apropia de las categorías de espacio y territorio, debe aceptarse que existe una fuerte preocupación, como habíamos mencionado, por la dimensión espacial de la realidad social.

Cuando plantea, hablando de la ciudad burguesa, que “su esencia consiste en que se afirma a sí misma como plasmación objetiva de la comunidad” (Echeverría, 2013:59), el autor está apuntando hacia el papel que juega el espacio en esta forma específica de ciudad. Echeverría va diferenciando la ciudad burguesa occidental de la burocrático-sagrada, así como de la levantina para caracterizarlas. En éstas últimas resalta, por ejemplo, su carácter nómada y el hecho de que la identidad no se constituye en y por el territorio por lo que, en consecuencia, éste es más bien movable y abstracto. Respecto de la ciudad burguesa, afirma que la traza arquitectónica y urbanística no son sólo ejercicios de representación, sino sobre todo afirmación de su existencia.

Hacia el final del texto, Echeverría destaca una de las mayores implicaciones de la conformación de ciudad capitalista contemporánea. Aunque en la ciudad burguesa tuvo lugar, como se ha señalado, una inversión en el orden de la subordinación, en la que el campo dejaba de ser eje, subyugándose a la ciudad, ahora en la ciudad capitalista se profundiza esta dinámica reguladora de la oposición entre lo rural y lo

urbano hasta su negación. La relativa autonomía del campo ha sido sustituida por una relación en la cual éste está subsumido por completo. El campo ahora es un apéndice de la ciudad y se constituye a semejanza de ésta. De ahí que en la ciudad capitalista sobresalga el carácter devastador de lo urbano hacia lo rural. Si bien existen en la ciudad capitalista atisbos de las ciudades esbozadas, su diferencia radica en que la relación con la naturaleza es intrínsecamente desmedida.

### **Bibliografía**

Echeverría, Bolívar, 2013, *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Apuntes a partir de la lectura de Braudel y Marx*, México, Editorial Itaca, 107 pp.